

las fábricas perpetuasen su nombre, a la primera la llamó Fábrica de San Juan y a la segunda Fábrica de San Jorge. Los dos sitios estaban totalmente solitarios y Riopar, a distancia de media legua, no resultaba adecuado para albergar a los obreros. Por eso Graubner inició en San Juan un pueblo moderno, alrededor de las instalaciones de la fábrica. Y casi todos los operarios que eran de Riopar abandonaron sus casas poco a poco para irse a vivir a la nueva población, dejando casi totalmente abandonada la antigua villa.

Las fábricas fueron creadas oficialmente por una Real Cédula de 19 de febrero de 1773, en la que Carlos III, además, ampliaba a Graubner ciertas gracias y franquicias que ya le había concedido desde el año anterior para ayudarle a poner en funcionamiento la empresa. Como el terreno de la mina y el del emplazamiento de las fábricas quedaba dentro del término jurisdiccional de Alcaraz, el corregidor de ésta fue nombrado como juez subdelegado de la Real Junta de Comercio, Moneda y Minas, y las fábricas quedaban sujetas a su vigilancia y protección.

Graubner empezó todos los trabajos y gastó toda su fortuna personal, que debía ser muy grande, en las obras más urgentes y necesarias. Construyó algunas casas para habitaciones y otros edificios para las elaboraciones de metales. Con su solo esfuerzo económico llegó a poner en producción la fábrica correspondiente al primer ramo: la de latón en barra. Tenía empleados a 8 maestros alemanes, un maestro italiano, 15 maestros españoles y más de 30 oficiales y peones de la co-

marca, que con mucho gusto abandonaban sus ancestrales ocupaciones agrícolas para aprender un oficio apasionante y prometedor.

La idea de Graubner era crear y montar todas las fábricas que tenía proyectadas con sus propios recursos. Pero bien pronto se dio cuenta de que sus cálculos estaban equivocados y que la empresa excedía por completo de sus posibilidades. Así, a mediados de 1774, no tuvo más remedio que acudir al rey, implorando su ayuda. Este sometió el asunto al Consejo de Castilla y este organismo resolvió que la ciudad de Alcaraz debía de hacer frente a los gastos de las fábricas con los sobrantes de los bienes de propios. Así, por imposición real, se tuvo que constituir una extraña sociedad entre Graubner y Alcaraz; una sociedad que no trajo más que disgustos a ambas partes y que hizo retrasar lamentablemente las obras. Unas veces por las enormes vacilaciones burocráticas del Ayuntamiento y otras porque el corregidor y las autoridades de Alcaraz se enfrentaban violentamente con el espíritu altanero y orgulloso de Graubner, que quería resolver él solo, con su experiencia y sus conocimientos en la materia, todos aquellos complicados asuntos, sin dejar meter baza a las autoridades alcaraceñas.

EN 1781 EMPEZARON VERDADERAMENTE A FUNCIONAR

Durante los pocos años que Alcaraz fue dueña de las fábricas gastó todos sus recursos, paralizando con ello algunos